



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

MONTERREY, N.L. DOMINGO 31 DE MAYO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El inconveniente zurcido

POESÍA Y PROSA POÉTICA:
¡LECCIONES DE VIDA!

OLGA DE LEÓN G.

Nací un día cualquiera de octubre, un veinticinco del S. XX, en 1947. Y, aunque ya hace setenta y siete años y siete meses de tal hecho, a mí me parece que fue anteayer, o cuando mucho hace un par de semanas que vi la primera luz de este mundo y esta vida.

Bendita memoria que vive en dos mundos, el de la realidad profana y prosaica y el de la ficción y la ilusión literaria: mi tiempo no es tu tiempo. Recién concluida la Segunda Guerra mundial; apenas instaurándose la paz en América y el mundo; mucho después del maravilloso sueño de Cervantes, el sueño del Quijote: Sueño dentro de otro sueño, cuando el relato, la narración y el cuento empezaban, así, a darle forma a la novela...

“Déjame que te cuente un cuento”. Y tú, me contarás tu vida en este maravilloso cuento que te relataré. Los niños son la verdad del tiempo y los ancianos su confirmación. Así corre la vida, y el destino nos va dejando sin aliento... y sin vida. A pesar de que yo: “Solo sé que no sé nada”, y sabiéndolo, temo olvidarlo pronto y atreverme a vaticinar sobre el futuro: ¡Oh, infortunio el mío!, si tal hiciera y así sucediere.

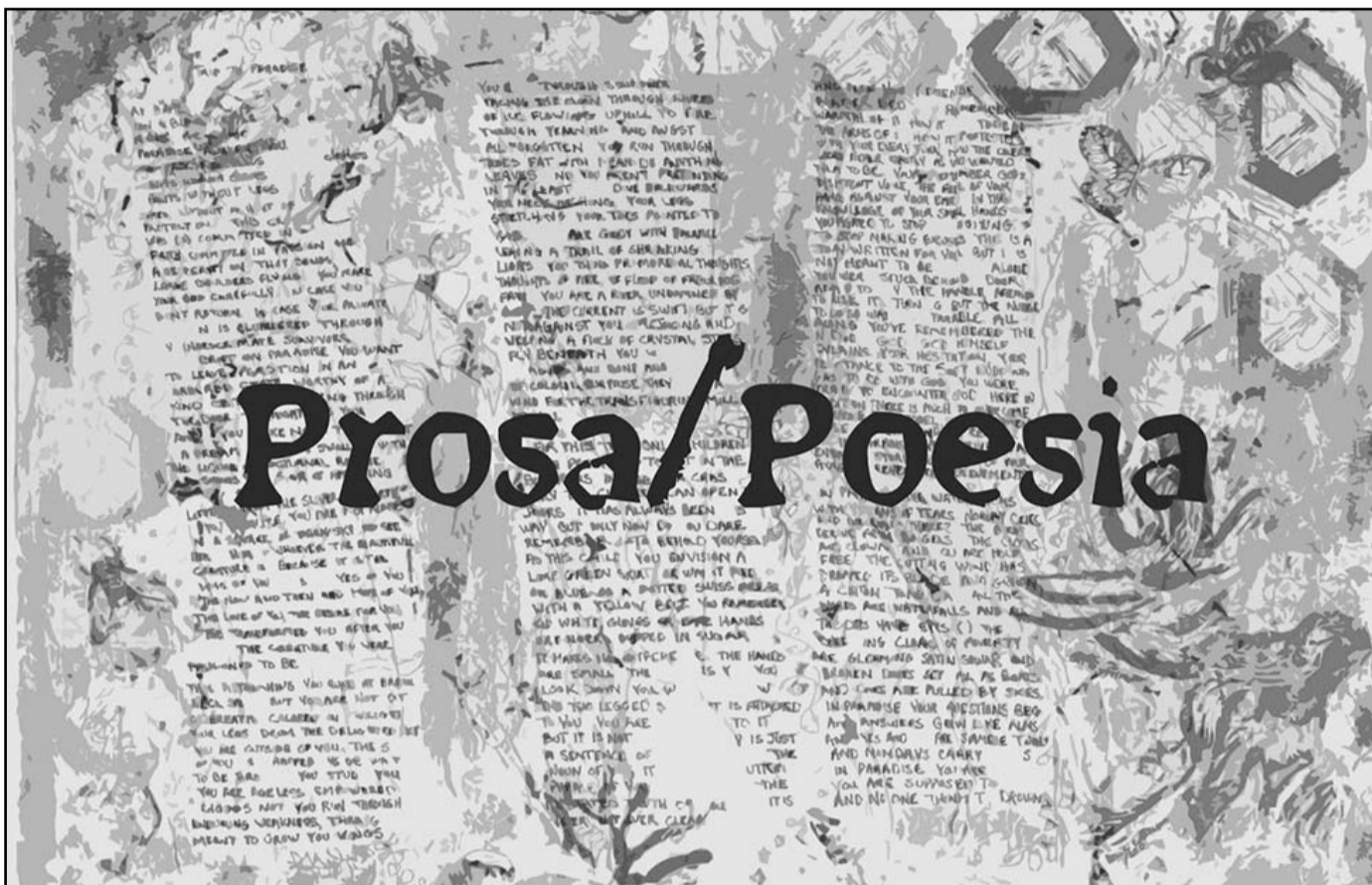
Vivir parece algo natural y fácil cuando no se sufren enfermedades, ni hay muchos tropiezos en el camino. Pero, eso no es lo de todos.

Mi cuento es un bello poema que me dictó la brisa de primavera y se lo llevó el otoño. Apenas si lo recuerdo en sueños, mientras duermo. Por eso quiero dormir siempre, quiero vivir durmiendo, porque sueño lo que en vida no puedo ni imaginar. Como ahora, que las ideas se me han escapado y no regresan a mí. Será que yo también solo soy el sueño de alguien y en realidad ni existo, ni vivo; pero, tampoco moriré. Suspendido entre cielo, nubes, montañas y suelo, pasa su tiempo mi intangible cuento. Ese que no acabo de empezar a contar, porque: ¿qué cuento?, si no existo, ni vivo, ni sé quién o qué soy.

¿A dónde se fueron mis días, a dónde, las horas y los minutos? Será que solo cuentan los meses y los años... Y, estos desaparecen en cuanto escuchan mi nombre u oyen mis pasos: ¿Quién soy yo? El cuento lo dirá. “Diles que no me maten, le ruega Justino a su hijo, diles que ya estoy muy viejo...” Anda, ve y diles eso...

“Qué país es este, Agripina” (preguntó el marido a su mujer), tras hallarla hincada y con el más pequeño de sus hijos en brazos, en un jacalón que más que paredes, tenía rendijas por donde el frío viento se colaba. Jacalón que algún día fuera una iglesia. (...) “No hallé nada dónde quedarnos, no hay nada. Así que entré aquí a rezar”.

La miseria, más que pobreza, la ignorancia e ingenuidad de los personajes de Juan Rulfo, tienen el poder de trascender la página e incrustarse en la oscura realidad de un México del centro y sur, que parece no haber desaparecido nunca. Solo está dormido entre llanos, montañas y ríos que atraviesan el país del “nunca jamás”, volverás a una vida real y verdadera... Aunque estén enterrados allí mero, en el centro de todo lo más oscuro y duro de este país tan injusto para los



Prosa/Poesía

pobres y prometedor para los más pudientes, los dueños de todos los cuentos de la vida.

Mi cuento se va quedando en el tintero. La poesía canta en duelo y hace rima con el ritmo de las líneas: “puedo escribir los versos más tristes de mi vida”. “El corazón delator” de Poe es un himno a la clarividencia de los muertos que han sido asesinados por locos o pequeños gigantes de la narrativa. Ambos, Edgar Allan Poe y Juan Rulfo fueron y siguen siendo maestros de la prosa y la poesía, cuando escriben prosa poética... Cada cual en su lengua materna.

Y, con modestia sumaria declaro que: Cervantes, contra todo juicio insostenible, insolente y fatuo sobre su autenticidad, es el real redentor de ambos: creador de la novela moderna.

Por fin, me voy acercando a mi identidad y mi credo único e imbatible: Soy una Guardiania de los versos más bellos de la historia y la prosa más poética y hermosa de todos los tiempos y lugares del mundo. Soy ese crisol donde se fragua el destino y se vuelve perene la palabra: créanlo o no, quienes esto están leyendo.

Soy vanidad y modestia; sustancia intangible y etérea; verdad y mentira de la magia de escribir sin ideas, solo con palabras. Esa soy yo: soy mi propia: “Lección de vida”.

LA ALQUIMIA INALCANZABLE
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Durante algún tiempo acudí al jardín de niños. Tal vez porque me aburría un poco ahí, fue que mis padres me ingresaron antes de tiempo a la escuela primaria, a los cinco años, y no precisamente cumplidos los seis, como era la costumbre y el reglamento nacional lo requería.

Por aquellos días de verano en que acudía al kinder, (éste se encontraba en la cuadra ubicada a espaldas de mi casa), mi maestra le hacía un gran favor a mi madre, quien daba clases en una universidad privada, (en un edificio en el centro

de Monterrey, en la calle de Matamoros). Al terminar las clases en el jardín de niños, la Maestra Paty me llevaba a la universidad de mi Madre. Ahí, yo la esperaba a que terminara sus clases para volver entonces a la casa. Las aburridas a la espera de mi Madre eran enormes.

En cambio, si escapaba del jardín de niños a tiempo, podía ir a buscar a un vecinito, un año menor que yo, con quien podía jugar a las pistolas, subir bardas, jugar a las escondidas. En fin, con él no había aburrimiento. Pero la diversión terminaba cuando la Maestra Paty, una vez que hacía los arreglos finales del día en su jardín de niños y cerraba con llave, pasaba por mí a casa del vecinito, para llevarme a la universidad con mi Madre.

Un día, simplemente decidí esconderme cuando vi venir el auto de la Maestra Paty. Fui a colocarme detrás de unos bloques de ladrillo azul, en un pasillo de la casa de mi vecinito. La Maestra Paty llegó en su auto, hizo sonar el claxon y la madre de mi amigo salió a ver qué sucedía. “¿Está Carlitos por ahí?”. La madre de mi compañero le dijo: “No está”, haciendo una seña hacia el lugar donde me escondía. “Bueno, ya me voy”, dijo la Maestra Paty. Y ahí me dejó. Yo seguí jugando con mi amigo Alex.

Pronto dejé de ir al jardín de niños. Salía de mi casa rumbo al kinder, pero en lugar de llegar a él, me iba directo a casa de Alex, o casa de Adrián, o a casa de Oscar. Y ahí me pasaba toda la mañana: haciendo lo que me gustaba hacer jugar con mis vecinos.

Supongo que eso contribuyó a que mis Padres hablaran con el director de la escuela primaria que se encontraba cerca de la casa, para que me dejara ingresar a la primaria uno o dos años antes de tiempo. No hubo problema.

Luego, a mitad del segundo año, la escuela les propuso a mis padres adelantarme un año. Ellos no quisieron, tenían sus razones. Por mi parte, a mí me daban miedo los niños de tercero: algunos eran tres años mayor que yo. No es que yo fuera un peleonero, pero había que

saberse defender de los compañeros en aquellos tiempos.

Porque efectivamente, alguna vez había tenido que lidiarme a golpes con otro niño. No recuerdo el motivo, pero él estaba muy animado: estudiaba karate y fue él quien me retó: “Te veo a la salida, en el monte de Acueducto”, me dijo envalentonado. Todo el salón se enteró. Así es que a la hora de la salida: ahí vamos: Pedrito y yo, y la mitad de la escuela, al monte de Acueducto. Había un buen borlote; los niños querían ver sangre, deseaban que el mole corriera. Yo no usaba lentes aún.

Básicamente, fue un asunto de llegar al lugar, dejar la mochila en la tierra, girar el cuerpo para ubicar al contrincante y bañarlo de chingazos al rostro, uno tras otro, como metralla. No sé si Pedrito estaba esperando golpes de karate de mi parte, pero no los hubo. Esa fue de las pocas peleas en las que me tocó ponerle una chinga fulminante al enemigo.

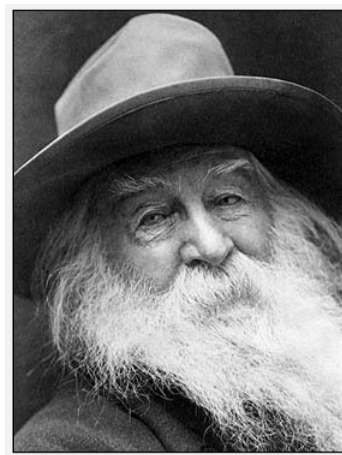
La pelea se detuvo cuando escuchamos un auto que se estacionó junto al monte:

Era el padre de Pedrito. Salimos corriendo, como desesperados. Nada más escuchamos a Pedrito gritar, con el rostro ensangrentado: “No corras, cobarde”. Detuve mi carrera para responderle: “Mañana le seguimos, sin tu papá”.

Al día siguiente, en la escuela, las cosas siguieron con normalidad, como si nada hubiese sucedido. Excepto que Pedrito no volvería a hablarme en los cuatro años de escuela primaria que restaban.

La pelea tuvo un efecto demoledor. Los compañeritos, mayores que yo, me tuvieron respeto. Nunca hubo un asunto de acoso hacia mi persona.

Ni yo le tenía miedo a nadie: excepto a la Maestra Clara. Una mujer delgada, canosa y a quien alguna vez dibujé en jeans y con pistola al cinto: las maestras se alarmaron con mi dibujo, llamaron a mis padres y otra vez, el asunto no tuvo consecuencias...



Walt Whitman

(West Hills, Estados Unidos, 1819 - Camden, id., 1892) Poeta estadounidense. Hijo de madre holandesa y padre británico, fue el segundo de los nueve vástagos de una familia con escasos recursos económicos.

Se despertó su afición por el periodismo, interés que le llevó a trabajar en varios diarios y revistas neoyorquinos. Nominado director del Brooklyn Eagle en 1846, permaneció en el cargo sólo dos años debido a su disconformidad con la línea abiertamente proesclavista defendida por el periódico. Su afición por la ópera (género que influyó enormemente en su obra poética) le permitió coincidir en una noche de estreno con un dirigente del periódico de Nueva Orleans Crescent, quien lo convenció para que dejara Nueva York y aceptase una oferta para trabajar en el diario.

Durante el viaje hacia al Sur, que emprendió en 1848, tuvo la oportunidad de contemplar una realidad, la de provincias, para él totalmente desconocida y que, en definitiva, sería decisiva para su carrera futura. Por todo este conjunto de experiencias, cuando regresó a Nueva York, unos meses después, abandonó el periodismo y se entregó por completo a la escritura.

La primera edición de su gran obra, Hojas de hierba (Leaves of grass), no vio sin embargo la luz hasta 1855. Esta primera edición (habría otras ocho en vida del poeta) constaba de doce poemas, todos ellos sin título, y fue el propio Whitman quien se encargó de editarla y de llevarla a la imprenta. De los mil ejemplares de la tirada, Whitman vendió pocos y regaló la mayoría, uno de ellos a Ralph Waldo Emerson, importante figura de la escena literaria estadounidense y su primer admirador. Su crítica, muy positiva, motivó a Whitman para seguir escribiendo, a pesar de su ruinosísima situación económica y de la nula repercusión que, en general, habían tenido sus poemas.

Whitman fue el primer poeta que experimentó las posibilidades del verso libre, sirviéndose para ello de un lenguaje sencillo y cercano a la prosa, a la vez que creaba una nueva mitología para la joven nación estadounidense, según los postulados del americanismo emergente. El individualismo, los relatos de sus propias experiencias, un tratamiento revolucionario del impulso erótico y la creencia en los valores universales de la democracia son los rasgos novedosos de su poética; en línea con el romanticismo del momento, propuso en su poesía una comunión entre los hombres y la naturaleza de signo cercano al panteísmo.

Tanto por sus temas como por la forma, la poesía de Whitman se alejaba de todo cuanto se entendía habitualmente por poético, aunque supo crear con los nuevos materiales momentos de hondo lirismo. Su influencia sería perceptible en las sucesivas generaciones líricas, tanto en su país (desde William Carlos Williams hasta Allen Ginsberg) como en otras literaturas (Rubén Darío o Federico García Lorca)

Mónica Lavín

Leonor Villegas, una vida de excepción

Escuché hablar de Leonor Villegas de Magnón por primera vez ya entrado el siglo XXI cuando escribía mi novela sobre Sor Juana y fui invitada a Estación palabra en Nuevo Laredo. Mis anfitriones mencionaron a una mujer neolaredense que había participado con Carranza en la Revolución mexicana. Me interesó el tema pero estaba yo metida de cabeza en el siglo XVII. No le presté atención hasta que me encontré (como Lavinia Melín en mi reciente novela La ausencia) sin tema para mi siguiente novela. Quise saber quién era la mujer mencionada y así recibí por parte de mis anfitriones —luego amigos— de Nuevo Laredo el libro La rebelde, publicado por Arte Público Press en el programa de Recuperación de la Herencia Literaria Hispana (Hispanic Literary Heritage) de la Universidad de Houston en 2004. Leonor Villegas participó en la gesta revolucionaria formando un cuerpo de enfermeras y periodistas, primero de manera espontánea cuando convirtió su casa de Laredo en un Hospital de sangre para atender a los heridos del lado de los rebeldes de la batalla de frontera, después nombrada constitucional cuando sus servicios fueron solicitados por Carranza y partieron desde Ciudad Juárez

hasta acompañar la entrada triunfal a la Ciudad de México en agosto de 1914 como Cruz Blanca Nacional. Leonor Villegas hace un recuento particular del nacimiento del grupo de enfermeras y voluntarias en el que se refiere a sí misma en tercera persona. Dicho recuento y la versión en inglés, que ella misma escribió 20 años después, no fueron publicadas ni en vida de Leonor ni de su hija, fue a través de su nieta Leonor Smith que donó el archivo a la Universidad de Houston que las publicaciones hicieron justicia a la memoria de la participación de un grupo de mujeres binacional en la gesta revolucionaria, como me pude enterar por el estudio de Clara Lomas que acompaña ambas versiones. Yo me nutrí tanto de esas dos versiones en tono de crónica de Leonor Villegas como de los documentos de su archivo en la universidad —telegramas, cartas, notas, facturas, fotografías de Eustacio Montoya, también olvidado y que murió en la pobreza a pesar de filmar varias batallas e intentar vender la película a Carranza— para escribir la novela Las rebeldes, donde añadí a los personajes reales como la enfermera Lily Long y la periodista Jovita Idar, (cuya familia fundó el periódico en español La Crónica, per-



sonajes ficticios como Jenny Page, encargada de escribir la historia de Leonor en mi novela.

El 12 de junio se cumplen 150 años del nacimiento de Leonor Villegas en Nuevo Laredo, es de celebrar que el Instituto Tamaulipeco de Cultura publique La rebelde, de Leonor Villegas, para el disfrute del público mexicano: una historia de frontera de mujeres valientes y comprometidas donde podemos leer de primera mano la experiencia de una mujer que había sido educada con las Ursulinas en San Antonio y que tenía un compromiso con la educación,

con la preservación del español en el lado texano de la frontera y con la causa maderista.

También celebre la coincidencia de que al cierre de este año 2026 se vuelva a lanzar en bajo el sello Planeta mi novela Las rebeldes, que no pudo haber sido escrita sin el archivo de Leonor Villegas, que como periodista que también era guardó material para la posteridad, y sus memorias. Los libros siempre encienden la conversación y son antidotos contra el olvido. Un permiso para asomarnos a una vida excepcional: la de Leonor Villegas (1876-1955).

ad pedem literae

Ser sincero no es decir todo lo que se piensa, sino no decir nunca lo contrario de lo que se piensa

André Maurois

Letras de buen humor

Es difícil crear ideas y fácil crear palabras; de ahí el éxito de los filósofos

André Maurois